

## Nuestros Mayores

José Martí Coronado

*A mis padres,  
con afecto y admiración.*

**A**sí como la memoria individual nos hace progresar evitando los errores ya cometidos, la memoria colectiva representada por la historia, y en el caso que nos ocupa por la experiencia acumulada de nuestros mayores, nos debe servir como eficaz punto de referencia para conocer los errores y las vivencias del pasado, atendiendo con postura crítica la experiencia legada.

Sabemos reconocer el valor de una construcción románica, se pagan fortunas por una reliquia que en ocasiones no tiene más valor que la antigüedad de su fabricación, o nos quedamos absortos con la visión de un determinado cuadro tras haber sido adiestrados en la contemplación del llamado arte. Todo esto, y mucho más se nos muestra como signos de un cierto nivel cultural, nada que objetar, no seré yo quien ose disuadir a nadie de lo contrario. Ahora bien, ¿sabemos valorar la riqueza cultural de nuestros ancianos?, ¿quién nos ha enseñado a escuchar con atención el saber que arrastra su historia?, al fin, como interpretar sus experiencias acumuladas, difícil empeño y pocas respuestas.

Hoy he estado hablando con Rafael Manzana Urbea, nacido en Chóvar hace setenta y siete años. Rafael es uno de nuestros entrañables mayores, persona de trato afable, nada enrevesado y que denota en el hablar la certeza de sus palabras. Posee un amplio vocabulario que utiliza de manera adecuada, signo inequívoco del interés por la lectura, práctica que ha ejercitado a lo largo de toda su vida, a pesar de haberse dedicado desde siempre a las faenas del campo. Inevitablemente me llegan recuerdos de mis abuelos; uno de ellos, José, murió siendo yo niño y solo a cierto a ver su rostro pegado a la radio, intentando escuchar en los partes las noticias que

jamás oíría. Mi otro abuelo, Angel, durante toda su vida jornalero de un pequeño pueblo, tenía más de ochenta años y seguía leyendo la prensa diariamente, con la secreta esperanza de una sociedad más justa.

Y mirando a Rafael me pregunto cuantos saberes les negó la miseria y la guerra, aunque siempre he pensado que el saber de nuestros mayores reside en su experiencia, y su cultura en aquello que les es propio, es tan amplia que todos nosotros tendríamos que vivir sus años, solo para intentar acercarnos a su sabiduría. Me intereso por los recuerdos de infancia, Rafael habla de la escasez de tiempos pasados, pero no denota tristeza su semblante, muy al contrario parece recordar una infancia feliz, aún dentro de las penalidades.

*- Entonces había mucha pobreza, por no tener, la mayoría ni teníamos calcetines en invierno, solo calzábamos unas albarcas que se hacían durar todo lo posible, y lo imposible, era muy lamentable. Cuando tenía cinco años, poco más o menos, ingresé en la escuela del pueblo, éramos muchos niños; incluso recuerdo que después de la guerra debían llevar la silla de casa.*

Me pregunto en que podría ocupar el tiempo libre, el escaso tiempo libre que dejaban las pesadas tareas del campo a los adultos, e intento imaginar, sin conseguirlo, como se divertían los pequeños, que juegos o extraños artilugios ilusionaban a los niños de entonces.

*- Nos divertíamos con poca cosa, se jugaba a cosas baratas, cogíamos los aros metálicos de las cajas de sardinas y los rodábamos con un palo de madera o hierro, también jugábamos a los santos o a los bufos. Los santos eran unas tarjetas que salían en las tabletas de chocolate, las tirábamos y si caían boca arriba se las quedaba el lanzador, y si caían boca abajo pasaba a ser propiedad del contrario. Para los bufos se utilizaban los cartones*

*de las cerillas, que una vez colocados en el suelo se golpeaban con el hueso de la mano, con esta acción se elevaban y caía de nuevo al suelo, rigiendo las mismas reglas que en los santos. También jugabamos en la era, o en las casetas de*



*la Sabara, siempre y cuando no tuvieran higas secandose. Ya con más edad, al salir de la escuela ayudabamos en las tareas del campo, para la recogida de las olivas o traíamos leña del monte.*

*Entre los mayores un juego muy popular era el canuto, se trataba de tirar un canuto de caña colocado en el suelo, desde cierta distancia se lanzaban los tejos para tubarlo. Pero lo que promovía más espectación era la pelota de largas, habían grandes jugadores, el mismo maestro era un buen jugador. Los domingos principalmente se armaban buenas partidas, la acción estaba garantizada y había competencia, la gente se distraía mirando el juego mientras comían tramusos o cacao, y no se iba al bar hasta que acababa la confrontación, aunque yo recuerdo ya de joven que ibas al bar y no teníamos dinero para consumir, a pesar de que un café costaba quince céntimos. A los mayores les gustaba mucho jugar al truc, también al chamelo jugaban antiguamente el maestro, el secretario,...*

Buena idea sería recuperar la espectación de las partidas de pelota, o promover que nuestros mayores enseñen a jugar al canuto a los más jóvenes. Rafael recuerda con agrado esos momentos de su vida, sin embargo no olvida las privaciones de la época.

*- En casa de unos familiares hubo cierta discusión, bueno comentarios entre la mujer y el hombre, ella le planteó la necesidad de ir a la Cooperativa a por un saco de harina pues se estaba agotando el que tenían. Por entonces las mujeres amasaban en casa, hacían un "masijo" una o dos veces por semana y lo llevaban a cocer al horno para obtener el pan, la harina era la base de*



*la alimentación en el pueblo y había que comprarla en la Cooperativa, el saco de harina podías pagarlo hasta en tres meses a partir de los cuales te cobraban una cierta cantidad de dinero, su precio al contado era de unas sesenta pesetas.*

*El marido se encargaba de hacer las cajas de los muertos, aprovechando los cajones de madera que utilizaban para transportar el tabaco, con esas tablas de madera componía la caja que posteriormente se forraba por dentro con una tela barata de color negro, luego la vendía por sesenta o*

setenta pesetas. *Pués bien, el dinero que tenían para comprar el saco de harina, se lo había gastado en la compra de los materiales necesarios para la construcción de una de esas cajas, que preparó para uno del pueblo, tras recibir aviso de que este se encontraba gravemente enfermo y que desgraciadamente se esperaba que pronto moriría. Cuanto debió insistir la mujer en la compra de un nuevo saco de harina que, el marido sabiendo que si compraba otro, seguro tendría que pagar los intereses del anterior, le dijo a su mujer: "La culpa la tiene el muerto, que ni se muere, ni resucita".*

Claro, pues hasta el esperado óbito no podría disponer del dinero que cobraría por la venta de féretro.

La comida, como tantas otras cosas, era un bien escaso. La dieta, siempre que se podía estaba compuesta fundamentalmente por la harina en sus modalidades, los salazones entre ellos sardinas, tollina y bacalao; la carne se consumía gracias a los animales de corral como conejos o gallinas y la matanza del cerdo si se disponía de alguno. De las huertas aprovechaban toda planta comestible y recogían muchas higas, tantas que al no disponer de suficiente espacio en las casas donde ponerlas a secar, construyeron algunas casetas, como las de la Sabara, las higas descansaban sobre cañizos y una vez secas se ponían en los cofines, capazos de esparto donde se prensaban colocándoles unas piedras encima, tras haberles echado sal y agua, quedando así hasta el invierno que era cuando se consumían.

*- Me gustaban mucho, y bien valían para escusar un almuerzo o una comida, cuatro higas con un pedazo de pan y cuatro almendras aplastadas metidas dentro. El día que no se comía lo suficiente, con una docena de higas te quedabas bien.*

De la cultura artesanal del pueblo nada

nos queda, tan solo los recuerdos de unas actividades que fueron habituales en Chóvar y que por desgracia desaparecieron, pero este es otro tema que trataré en ocasiones futuras. Además, existieron una serie de tareas relacionadas con el campo, el monte, etc., ligadas a la historia de Chóvar desde siempre, una de estas "faenas" era la obtención del carbón a partir de la leña del monte, Rafael guarda en su memoria la imagen de las carboneras, que hasta no hace mucho, se quemaban por doquier.

*- A partir de los doce años, ya íbamos a coger leña de los árboles, aunque casi siempre había que picar porque debajo de tierra estaba la leña más dura, la mejor para hacer carbón, en casa solo se consumía la que traíamos del campo.*

Las carboneras se hacían en cualquier parte del término, igual en verano que en invierno, no había época del año que durmiera toda la gente en el pueblo, siempre había uno u otro que "estaba en carbonera", y a pesar del riesgo nunca hubo ningún incendio como los de ahora. El carbón era vital para el pobre, como jornales habían pocos, y a



El aro, antiguo juego infantil.

pesar de que dejaba poco dinero, antes que estar parado bueno era. En resumen, mucho esfuerzo, muchos días de dedicación y poco jornal el que

quedaba, pero menos daba el no hacer nada.

En Chóvar se ha vivido de forma autosuficiente, no se ha tenido mucho pero si lo suficiente para subsistir con el trabajo duro, claro que las necesidades eran menores que las actuales. En general, y al contrario que ahora, no fué necesario desplazarse a otras localidades para trabajar, solo en contadas ocasiones.

*- Durante los años treinta, antes de la guerra, llegaron a irse a Barcelona hasta sesenta personas, partían en el mes de Mayo a trabajar en lo que saliera, faenas de campo como recoger la fruta, cavar, a las judías, después aprovechaban para la siega, y regresaban al pueblo a finales de Agosto justo para la recogida de la almendra.*

*En Barcelona conseguían unas 400 ó 500 pesetas, no traían más por mucho que faroleaban algunos, y la primera faena era ir a Segorbe, las familias se desplazaban allí para comprar un cerdo que entonces costaba de doce a catorce duros, según el peso.*

*También se compraba un par de sacos de pienso para alimentar al cerdo hasta la matanza, de manera que entre lo que se gastaba en Segorbe, y después de pagar algún saco de harina que con toda probabilidad se debía, la mitad del dinero ganado en Barcelona desaparecía, la vida era fea, muy fea. Nos acordamos ahora de lo difícil que era, y luego lo pasamos peor cuando la guerra.*



La siega, Choveros en el Pueblo de Esplugues. Año 1960.

Y llegó la guerra, esa desgraciada guerra que sin duda no merecimos, el anecdotario sobre la misma es comprensiblemente abundante y no extenderé en su exposición. Muchos choveros fueron llamados a filas, los habitantes que quedaron en un principio dispusieron de mayores recursos para subsistir, debido a esta ausencia de habitantes, jóvenes en su mayoría, los recursos "per cápita" aumentaron. Un claro ejemplo de esta circunstancia fué la mayor posibilidad de acceso a la leña para hacer carbón.

*- En el monte común no se podían cortar las carrascas porque los forestales no dejaban, sin embargo al comenzar la guerra se juntaban los del pueblo y talaban carrascas también de los terrenos del Estado. Ya no era buscar la miseria debajo de tierra, sino que se cortaba lo que estaba a la vista, un buen número de carrascas se utilizaron para conseguir carbón, como las de abajo de casa del Negro, en la Solana de la Mina.*

Quizás el hecho más relevante de esta contienda en Chóvar fué el asentamiento del frente en las montañas del término, aún restan las trincheras escabadas por los soldados republicanos. Durante el último incendio ocurrido hace escasos años, se oyeron las explosiones de la munición enterrada por el ejército antes de su forzosa retirada. Obligados por esta situación del frente, se procedió a la evacuación de todo el pueblo en Junio de 1938, la mayoría de sus habitantes se trasladaron a Valencia, también a Azuébar o Algar, otros los destinó el gobierno a sitios de acogida, incluso en Albacete.

A Rafael lo llamaron a filas en Abril de 1938, tenía 17 años. Pero si difícil fué vivir la guerra, no menos dura fué la postguerra.

*- Me cogieron prisionero estando herido, y me llevaron a Consuegra en la provincia de Toledo, al poco tiempo, como en ese lugar estábamos juntos los heridos de los dos bandos, nos trasladaron a los de la zona "roja" a un Hospital en Getafe, y allí estuve hasta que me dieron el alta en el mes de Mayo o Junio de 1939. Antes de salir del Hospital, una enfermera y un enfermero que tenían mucha franqueza me dieron unas mantas, yo no sabía donde me*

enviarían, y ellos me dijeron que seguramente a la cárcel y que allí las necesitaría. Y así fué, pasé a la cárcel de Getafe, por suerte no estuve mucho tiempo allí, porque si llego a estar más me matan del trato, aquello fué horrible.



Una Boda.

Sin embargo, lo que Rafael recuerda con más amargura si cabe, es la traición de un compañero de cárcel, en situaciones límite aprendemos a conocer a las personas, y en la prisión la lealtad era algo indispensable. Las confesiones entre camaradas, como es de suponer, se convertían en algo habitual, uno de estos prisioneros delató a Rafael por un hecho que no viene al caso, y tuvo que sufrir en su piel la cólera de los carceleros, pero más dolió la traición, el daño físico se pasa, el recuerdo de su delator no.

- Salí de la cárcel ya acabada la guerra, allí me dieron un pase como única identificación, recuerdo lo que decía el escrito: "Pasa a Chóvar, Catellón, procedente del derrotado ejército rojo, el individuo Rafael Manzana Urbea, con objeto de presentarse a las autoridades civiles (Guardia Civil) más cerca de aquella localidad". Y tuve que ir a Sot de Ferrer, allí se quedaron con el papel y me dieron otro en el que constaba que yo había sido licenciado en un campo de prisioneros, esto no me acreditaba, y más de una vez me detuvieron las patrullas por este motivo, hasta que el alcalde de Chóvar me hizo una documentación provisional.

Estuve trabajando en Valencia, entonces se ganaba muy poco dinero y se trabajaba mucho, los labradores de Valencia son muy trabajadores,

ojo con ellos que son caínes para trabajar y para seguirlos había que esforzarse mucho, pero mis veinte años todo lo podían. Llegaba a casa derrotado, ganaba ocho pesetas y de ellas dos se las quedaba el patrón, más de un año pasé con las botas de militar por no poder comprar otro calzado. A veces salía algún trabajo complementario, también en el campo, con suerte te daban a cambio unas pocas patatas menudas, y buenas eran.

El pueblo quedó maltrecho de la contienda, y muchos a la vuelta encontraron sus propiedades inservibles, al dolor de las desgracias personales se unió la dificultad para recomenzar una vida llena de privaciones, decididamente habrá que maldecir al que lanzó la primera piedra y a todos sus acólitos. Una de las mejores razones para conocer nuestro pasado está resumida en aquella frase que decía: el pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla, sirva este ejemplo como contrapunto a todos los que opinan que en el olvido está la medicina del futuro.

Quizás sea este el momento de finalizar, o mejor aún, interrumpir momentaneamente este relato, tiempo habrá de seguir hablando con Rafael y con todos nuestro mayores, resulta constructivo escuchar sus recuerdos. Antes de concluir pregunto a Rafael, si hay algún tema que preocupe especialmente a los mayores de Chóvar, y como si estuviera esperando la pregunta responde sin dilación:

- El transporte, ahora tenemos menos servicio de autobuses, antes venía uno de mañana y otro de tarde, unos señores de Algar eran los dueños de la empresa, y había en Chóvar administración de billetes. El servicio de autos era hasta Valencia, llevaba chófer y cobrador, el que tenía necesidad tenía servicio, y viajaba gente, no se conoce que viajara el coche sin pasajeros. Hasta llegar a Valencia, le permitían coger viajeros de todos los pueblos, Torres Torres, Estivella, Gilet, etc.

Ahora al que mandan a Sagunto por estar enfermo, es lamentable las peripecias que pasa para llegar allí. Tienes que ir a Vall d'Uixó, en esta población coger otro autobús que te lleve a Sagunto, y allí otro más que vaya hacia el Puerto, y desde un cruce que te deja, andar un kilómetro hasta el Hospital, así ocurre que te citan a una

*hora y no estás.*

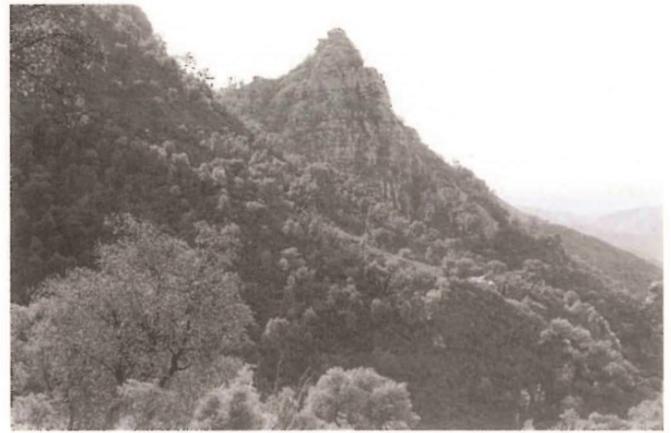
*Pero ya pasará la gente joven por ahí, por mucho que presuman de que tienen coche, algún día llegará que no puedan conducir y les pasará como a nosotros, que tenemos que buscar un coche porque todo el mundo está trabajando, o algún familiar si lo encuentras. Por eso todos prefieren ir a Castellón, porque son menos los trasbordos. Esperemos que se arregle esto.*

Durante la última charla, y motivado sin duda por algún fantasma del pasado que debió acceder a la estancia donde nos encontrábamos, Rafael me preguntó: "¿Que no tendrás miedo de contar todo esto?", la respuesta es evidente, no. No debemos, ni podemos tener miedo a contar nuestra verdad, el miedo no forma parte del patrimonio de la Libertad, y andaría a la gresca con nuestra conciencia, de modo que a la vida, como a la muerte, habrá que mirarlas de frente.

Hasta aquí, han sido expuestas las claves de recuerdos y vivencias de un pasado reciente, el diccionario para descifrarlas aún no ha sido escri-

to, cada cual deberá extraer sus propias conclusiones, diferentes según nuestro propio saber y entender, como diferentes serán, sin duda, las conclusiones extraídas tras la lectura del libro de nuestras vidas. Tal vez, así deberá ser.

- FOTOGRAFÍAS CEDIDAS POR EL PUEBLO DE CHOVAR



*Paisaje agreste y espectacular de Chóvar.*



*En el transformador.*